

# Geografía, diferencia y las políticas de escala

Geografia, diferença e as políticas da escala

Geography, difference and the politics of scale

Neil Smith

## Traducción de María Franco García

Mestranda em Geografia junto à Faculdade de Ciências e Tecnologia/UNESP/Presidente Prudente, sob a orientação do Professor Antonio Thomaz Júnior e membro do Grupo de Pesquisa “Centro de Estudos de Geografia do Trabalho” (CEGeT).  
Correio eletrônico: mmartillo@terra.es ou mmartillo74@hotmail.com  
Revisión de Jorge Montenegro y Raul Guimarães.

### Resumen

En este artículo, el profesor y geógrafo, Neil Smith, nos coloca frente a la controvertida discusión del “giro geográfico” de la teoría social y la forma en que los análisis post-modernos se han introducido en el discurso geográfico y viceversa. En su argumentación examina críticamente dos tendencias de la conceptualización de la diferencia espacial. La que homologa la diferencia con el eclecticismo y aquella que la propone como totalidad. Su objetivo es introducir una conceptualización sobre la producción de la escala geográfica que permita pensar en la construcción de una teoría de la espacialización social. La propuesta de Smith es identificar la escala geográfica como concepto central de esta teoría y entorno del cual la diferencia espacial puede plantearse relacionadamente.

### Palabras-clave

Post-modernismo – Teoría social crítica – Diferencia espacial – Escala geográfica.

|             |           |               |            |                |
|-------------|-----------|---------------|------------|----------------|
| Terra Livre | São Paulo | Ano 18, n. 19 | p. 127-146 | jul./dez. 2002 |
|-------------|-----------|---------------|------------|----------------|

### Resumo

Por meio deste texto, o professor e geógrafo, Neil Smith instiga-nos a pensar o que se viu a denominar o “giro geográfico” da teoria social, por meio da avaliação das formas pelas quais as análises pos-modernas têm-se introduzido no discurso geográfico e vice-versa. O autor examina criticamente duas das tendências da conceituação da diferença espacial. A que homologa a diferença com o ecletismo e aquela que propõe a diferença como totalidade. O seu objetivo é introduzir uma conceituação sobre a produção da escala geográfica, que nos permita pensar na construção de uma teoria da espacialização social. Na sua proposta Smith identifica a escala geográfica como o conceito central desta teoria, entorno do qual a diferença espacial pode colocar-se de forma coerente.

### Palavras-chave

Pós-modernismo – Teoria social crítica – Diferença espacial – Escala geográfica.

### Abstract

The arguments presented by the professor and geographer Neil Smith in this paper, they start from the “geographical turn” in social theory and the way in which postmodern analyses have entered the geographical discourse and vice versa. Secondly, he examines two specific tendencies in the conceptualization of spatial difference. One tendency homologates difference and eclecticism and another homologates difference and totality. Finally, he proposes that a spatialised social theory will have to come to terms with geographical scale as a central concept around which spatial difference can be rendered coherent. According to his positions, the production of geographical scale would be the primary means by which geographical difference is organized.

### Keywords

Postmodernism – Critical social theory – Difference – Geographical scale.

---

## Introducción<sup>1</sup>

El programa “*MTV posmoderna*” de la cadena de televisión “*Music Television*” (MTV), probablemente fue así llamado, en respuesta a la obra que sometió a dicha cadena a un análisis “post-modernista” (Kaplan, 1987). Sin embargo, las diferencias entre este programa y el resto de la cadena son, a lo sumo, sutiles. La versión post-moderna puede ser más artística, europea, introspectiva y fragmentada, más sometida al pastiche y a la yuxtaposición, más cargada de referencias gráficas de espacio y tiempo, quizás con comentarios políticos más “*light*” sobre el tumulto de los sesenta e, incluso, con una ligera aproximación a la moda glasnost. Quizás esté también saturada de anuncios “*funkies*” de vaqueros 501, pero todo esto únicamente consigue aumentar el coste por anuncio de uno de los principales patrocinadores de la emisora. La MTV post-moderna puede ser cualquier cosa, salvo algún *heavy metal*<sup>2</sup>. El “macho” *heavy metal* vendría a ser el epítome de un modernismo decadente dentro de la música, y dicha homología ocupa también un tiempo de emisión destacado en la MTV.

Para las ciencias sociales, no obstante, el post-modernismo ha actuado como una tragedia shakesperiana. Observamos un abandono despreocupado del discurso y la promesa de nuevos

---

1. SMITH, Neil. Geography, difference and the Politics of Scale. In: DOHERT J.; GRAHAM, E. (eds.). *Postmodernism and the Social Science*. Londres, 1992.

2. *Heavy metal*, estilo musical cuya denominación inglesa es mundialmente aceptada. (N. del T.)

mundos por llegar, mientras el momento actual se siembra de cuerpos muertos que, con certeza, serán reavivados para repetirse.

El drama apocalíptico de esta trama es claro: el post-modernismo anuncia la muerte del esclarecimiento, la circuncisión del pensamiento racional y del discurso totalizador, el fin de Marx, del Marxismo y de la clase obrera, la muerte de la historia y de la narrativa, la muerte del sujeto y así sucesivamente<sup>3</sup>. Y aunque, la mayoría de estas demandas son demostrablemente hiperbólicas, no se puede negar la visceral seducción intelectual del post-modernismo. Existe cierta prioridad en proclamar el fin de una era, y no se trata en absoluto de una era menor: el tiempo que ha muerto es el del modernismo.

Existe también un claro alivio entre algunos teóricos sociales, por haber encontrado una vía escape a un modernismo que se había convertido en algo demasiado monolítico. Ahora estamos expuestos a un nuevo mundo, con nuevos conceptos por conquistar, nuevas formas de ver y de representar. Las cosas no son tan distantes como parecen. Lo que previamente era un todo, ahora explota en fragmentos. La homogeneidad implodiona como diferencia universal. Cada generalización puede deshacerse en diferentes experiencias, cada experiencia es, en sí misma, una generalización a deshacerse de nuevo, desconstruyéndose y reconceptualizándose a través del idioma de los espejos y los “motifs”, de los signos y los simulacros.

El post-modernismo promete un nuevo terreno intelectual en el que la única regla es que no hay ninguna regla. Precisamente cuando la historia de los años sesenta está siendo tan imaginativamente reescrita como antipolítica, el post-modernismo nos ofrece una revolución sin revolución. Las aspiraciones que no hace más de dos décadas requerían lucha, en los años ochenta, sin embargo, se consiguen pacíficamente: *We are the world*. Pero tales aspiraciones sólo se consiguen parcialmente.

Así, en la Europa oriental, las reglas económicas, sociales y políticas y las estructuras de explotación y opresión no sólo permanecen con fuerza, sino que se reafirman con evidencia desde la plaza de Tiananmen a América Latina, desde el terrorismo global de una hegemonía americana cada vez más decadente a la tiranía cotidiana del mercado.

La exaltación del post-modernismo como una fuerza emancipadora sólo mantiene su credibilidad por el distanciamiento significativo de tales acontecimientos. Para algunos teóricos sociales para quienes la gramática económica, política e histórica del conocimiento social era sinónimo del constreñimiento del modernismo, el lenguaje cultural del post-modernismo ofrece una salida, una abolición de responsabilidad sobre los eventos sociales y materiales reales, los cuales sin embargo siguen siendo el “texto” indispensable de este proyecto.

La falta de vivienda y el SIDA, la insalubridad y la muerte, e incluso terrorismo, se convierten en los objetos más preciados para y de deconstrucción semiótica. La política se rinde al discurso. El discurso es defendido como el más incisivo acto político, como si el discurso en sí mismo “construyese” el mundo<sup>4</sup>. Si a esto le añadimos el estilo auto-referente de muchos de los discursos post-modernos, entonces no podemos extrañarnos de ver recuperado, de cierta manera, el idealismo neokantiano. Tal egocentrismo de los intelectuales occidentales no ha pasado inadvertido (Spivak, 1988). Como Fitch (1988, p. 19) ha defendido:

“Bajo la influencia del estado de espíritu postmoderno, la izquierda ha generado una nueva gramática política. El sujeto político ha cambiado. Ya no es más la masa, los trabajadores, el pueblo. Ellos. Hoy

3. Para un abordaje irónico del prolífico apocalipsis forjado por el postmodernismo ver Derrida (1984).

4. Para una crítica de la teoría de la construcción y sus raíces psicológicas en Lacan, ver Ian (1990).

en día es “nosotros”. Es la inteligencia de izquierda en si misma que se ha convertido en el sujeto de la actividad política. Nuestras preocupaciones. No las suyas”.

Una vez dicho esto y aceptando que la aparición del post-modernismo en las ciencias sociales se enfrenta con el límite de un contexto neoconservador (Habermas, 1983), sería un grave error – a pesar de que su esplendor ya se está desvaneciendo – desechar el post-modernismo.

Puede que exista un miedo justificado a que el post-modernismo sea realmente el post-marxismo, “simplemente una salida que está de moda para los rigores del análisis Marxista y la ardua vida de lucha política e intelectual”, o una expresión tardía de “la individualista ética “yuppie” y el cambio político hacia la derecha que observamos en la población de modo general” (Graham, 1988, p. 61). Aunque Graham va más allá sosteniendo que, las políticas del post-modernismo son al mismo tiempo muy complejas y que la crítica del *esencialismo* incluye un “serio mensaje crítico”, el cual sólo puede ser ignorado por los marxistas a un alto costo (Graham, 1988, p. 62). No sólo el post-modernismo como el post-colonialismo y (en menor medida) la teoría post-estructural, han *empoderado* nuevas voces subalternas.

La supuesta prioridad de la voz del varón, blanco y del Primer Mundo es decididamente desafiada, al menos en teoría. Sin embargo la tarea más difícil de las políticas de reconstrucción e inclusión, que consisten en evitar la paralización del eclecticismo y asegurar la convicción de que la actividad política implica más que “discurso”, está demostrando ser realmente muy complicada (Spivak, 1988; Radhakrishnan, 1989).

En este texto quiero sugerir que el (re)despertar del interés por el espacio y la geografía, que está “implícito en lo post-moderno” (Jameson, 1989, p. 45), es crucial para un exitoso renacer político. Al menos es necesario desarrollar un lenguaje a través del cual podamos articular una política sobre la diferencia espacial. Con este fin, algunas penas de muerte pueden ser declaradas dentro de la entusiástica morbosidad del post-modernismo, no obstante, dos cosas claramente no están muertas: la cultura y la geografía. La cultura ha sido convertida en el propio ser de este proyecto, y la geografía, habiendo estado muerta durante la mayor parte de este siglo (Smith, 1989), ha experimentado un renacer dentro de la teoría social crítica (Soja, 1989).

Mi principal preocupación es que sin una discusión explícita sobre el espacio y la espacialidad, la reciente agitación sobre la metáfora espacial en la teoría social y la crítica literaria (“mapeamiento”, “posición relativa”, “localización” etc...) realmente refuerza más que desafía “la experiencia del espacio geográfico como evidente”<sup>5</sup>, lo que a su vez obstaculizará de forma significativa el desarrollo de una política emancipatoria. ¿Cómo tenemos que reaccionar ante la siguiente advertencia de Jameson (1984, p. 89): “un modelo de cultura política adecuado a nuestra propia situación, necesariamente tendrá necesariamente que erigir los problemas espaciales como su preocupación fundamental de organización”?

Si la combinación de concepciones metafóricas y materiales del espacio de Jameson, es ambigua, sobre todo con relación a la confusa ecuación entre “*mapeamiento* cognitivo” y lucha de clases (Jameson, 1989, p. 44), creo que está en lo cierto al tratar de rescatar una política marxista integradora a través de una gramática espacial. Por una “política marxista integradora” entiendo una política que ni reproduce el exclusivo privilegio de clase, como ocurre en algunos marxismos *heavy-metal*, ni niega que la específica “situación” social y las de relaciones *vis-à-vis* entre individuos permitan una perspectiva privilegiada sobre el mundo social. Como resultado de la negociación del privilegio, el cual continuamente define y redefine a las políticas de izquierda, una gramática espacial está siendo ya empleada, aunque fundamentalmente como metáfora. Conectar tales

5. En el texto original “the taken-for-grantedness of geographical space” (N. del T.)

metáforas a la materialidad del espacio nos ofrece una fugaz visión sobre cómo este privilegio podría ser negociado.

El texto se inicia con la discusión sobre el giro geográfico – semejante al “giro espacial” de Soja (1989, p. 39) – de la teoría social y la forma en que los análisis post-modernos se han introducido en el discurso geográfico y viceversa.

En segundo lugar, examino dos tendencias específicas en la conceptualización de la diferencia espacial. Finalmente, propongo que una teoría de la espacialización social se ajusta con la escala geográfica como concepto central alrededor del cual la diferencia espacial puede plantearse coherentemente. La producción de escala geográfica es el principal recurso a través del cual la diferencia geográfica se organiza.

### El “giro geográfico”

El espacio geográfico emerge como el lenguaje preferido para interpretar la experiencia social. Usando una frase de Kristin Ross (1988, p. 76), *“la historia se ha vuelto espacial”*. O bien como Foucault (1986, p. 22) ha sugerido, *“la época presente quizás será, por encima de todo, la época del espacio”*. En un trabajo en el que prevé todo menos las discusiones fundamentales del post-modernismo en la teoría social, John Berger utiliza el argumento más directo sobre la prioridad de espacio geográfico. Para este autor, la narrativa secuencial hoy es discutible debido a nuestro inmenso conocimiento sobre “la simultaneidad y extensión de eventos y posibilidades”. El avance de las comunicaciones, la escala del poder, la responsabilidad personal sobre eventos globales y el desarrollo económico desigual, apuntalan una nueva sensibilidad geográfica de modo que:

“La profecía, ahora, implica una proyección más geográfica que histórica; es el espacio y no el tiempo que nos esconde las consecuencias. Para profetizar hoy sólo es necesario conocer como hombres (y mujeres) se encuentran, a lo largo del mundo, en toda su desigualdad. Cualquier narrativa contemporánea que ignora la urgencia de esta dimensión está incompleta y adquiere el carácter demasiado simplificado de una fábula” (Berger, 1974, p. 40).

El redescubrimiento del espacio en la teoría social crítica y el énfasis en la diferencia proviene de la discordancia intelectual y de las raíces políticas - la geografía se abandera contra las rígidas estructuras del historicismo y se contraponen a los discursos totalizadores del modernismo. Citando los trabajos de Berger y Foucault así como los de Giddens, Sartre, Althusser y muchos otros, en *Postmodern Geographies*, Edward Soja<sup>6</sup> (1989), nos ofrece la más sustancial y esclarecedora reflexión sobre “la reafirmación del espacio en la teoría social crítica”. Durante la mayor parte del siglo XX la teoría social y la geografía siguieron agendas sumamente diferentes, la primera especialmente indiferente a la espacialidad de la experiencia y la última (con mayor visibilidad en los Estados Unidos) se aisló, de manera defensiva, de la principal corriente científica social.

Sin embargo, en las últimas dos décadas, se ha iniciado un acercamiento. Lo que en principio fue una tentativa hoy se encuentra en franca expansión. De un lado, los marxistas entrenados en una geografía provocadoramente pionera en conectar con la teoría social; del otro, un amplio abanico de teóricos sociales que han redescubierto el espacio como algo realmente problemático en un discurso cultural y social dominado por la historia y, en última instancia, por el historicismo. La reafirmación de espacio, para Soja, se enraíza claramente con las reestructuraciones sociales, económicas y geográficas contemporáneas:

6. E. SOJA. *Geografías Pós - Modernas. A reafirmação do espaço na Teoria Social Crítica*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar: 1993.

Existe actualmente una compleja y conflictiva dialéctica entre la urgente modernización socio-económica salpicada por las largas crisis sistémicas que afectan a las sociedades capitalistas contemporáneas; y un sensible modernismo cultural y político buscando dar sentido a los cambios materiales que tienen lugar en el mundo y tomar el mando de sus direcciones futuras. (Soja, 1989, p. 26)

Es indiscutible que la Geografía se ha vuelto un poderoso idioma del post-modernismo. *América* de Baudrillard (1989) presenta al autor como un turista semiótico de la psique americana. Si este trabajo retoma la tradicional propensión europea (sobre todo francesa), por disecar el *Zeitgeist*<sup>7</sup> americano, también es cierto que va más allá.

Las señales y símbolos que revelan la experiencia de América se destilan de un mundo de Disneyland, de un paisaje (*landscape*) como visión mediática (*mediascape*). Se explora más el significado de América si uno coge cualquier puente aéreo o pasea en un autobús Greyhound de ciudad en ciudad, leyendo las señales fugaces como única realidad. Este simulacro de apropiación de los paisajes culturales de *l'Amérique* disfruta de una influencia que va más allá de los cafés intelectuales de París y Nueva York. El regionalismo rural reavivado en Francia, apunta su nostalgia contra la construcción de una modernidad americana urbana, en la cual el significado es transmitido como un pastiche desarticulado del graffiti geográfico (Karnoouh, 1986).

En Gran Bretaña, el nacionalismo conservador y la herencia de la clase gobernante se amoldan al diseño de nuevos y renovados lugares, los cuales son resultado de la colaboración de un movimiento de preservación histórica reavivado con la arquitectura post-moderna (Wright, 1985). Al contrario, Kenneth Frampton (1983), hace un llamamiento para un “regionalismo crítico” en arquitectura, efectivamente en contra de tales geografías reaccionarias de un pasado nacional inventado. Kristin Ross (1988) considera la obra de Rimbaud (verso y prosa) como el precoz indicador de la emergencia de un espacio social producido. Ha tenido lugar, especialmente entre los últimos pensadores, un fructífero compromiso con los ya antiguos y prolongados esfuerzos de Henri Lefebvre (1976) por entender la reproducción de sociedad capitalista como la reproducción del espacio.

El redescubrimiento de espacio no ha sido completamente confinado a los círculos intelectuales. Anticipándose a la caída financiera en 1987, Thomas S. Johnson, presidente del cuarto banco más grande de Nueva York, Chemical Bank, temió abiertamente que con los financieros absolutamente sobreexuestos “existe la posibilidad de un efecto dominó de autentica pesadilla, si cada acreedor saquea el globo con la intención de situar sus activos” (Nash, 1986). Aunque ese revuelo global por el capital no siguió inmediatamente a la caída de 1987, nadie niega el poder ni el pronóstico precientífico de la visión global de nuestro banquero.

Si bien que la reafirmación del espacio ya estaba perfectamente encaminada, la conexión explícita entre el post-modernismo y geografía como disciplina, apareció tan sólo después de la ruptura que supuso la interpretación de Jameson (1984) del post-modernismo como “la lógica cultural del capitalismo tardío”. La atracción del análisis de Jameson yacía en la amplitud de conexiones que este forjó entre una economía y una cultura en transformación y la reestructuración global del capital. Fue una política intensamente geográfica sobre el post-modernismo la que Jameson planteó, casi siete años antes de la guerra con Irak:

“en este todo global, todavía americano, la cultura post-moderna es la expresión interna y superestructural de una nueva ola de dominio militar y económico americano a lo largo del mundo: en este sentido, como a lo largo de la historia de clase, la parte inferior de cultura es sangre, tortura, muerte y horror” (Jameson, 1984, p. 57).

7. *Zeitgeist*, en alemán “espíritu de la época”.(N. del T.)

Y concibió el post-modernismo como:

“un concepto para periorizar cuya función es poner en correlación la emergencia de nuevos rasgos formales en la cultura con la emergencia de un nuevo tipo de vida social y un nuevo orden económico – lo que a menudo es eufemísticamente llamado de modernización post-industrial o sociedad del consumidor, la sociedad de los medios de comunicación o del espectáculo, o capitalismo multinacional” (Jameson, 1988c, p. 15).

La cultura contemporánea, sostenía Jameson, está “cada vez más dominada por el espacio y la lógica espacial” más que por el tiempo. En su discusión sobre la arquitectura del Hotel de Bonaventure en Los Angeles, Jameson expone la alienación política y simbólica de los sujetos de la nueva geografía urbana. La ciudad post-moderna es expuesta como el texto del contexto cultural del capitalismo tardío. Una nueva política cultural radicalizada, por tanto, implica “una estética del mapeamiento cognitivo”: la (des)alineación en la ciudad tradicional... implica la reconquista práctica del sentido del espacio” (Jameson, 1984, p. 71, 89).

Entre los geógrafos, los cuales desde finales de los años sesenta habían perseguido una política espacial, un amplio espectro de contestaciones saludó el encuentro esencialmente transversal de Jameson (y de otros) con la geografía y la política geográfica. Resumiendo aquí algunos de los temas centrales, no espero transmitir la diversidad y complejidad de contribuciones específicas, pero sí al menos intinar con varias direcciones tomadas bajo amplia rúbrica del debate post-moderno. David Harvey adoptó el escepticismo de Jameson sobre la innovación histórica del post-modernismo, pero a diferencia de Jameson, desafió la noción de que el modernismo era, por naturaleza, monolítico en estilo y proyecto (Harvey, 1989; ver también Le Faivre 1987). El modernismo *heavy-metal* no es modernismo *per se*, sino una reducción histórica de una esencia de lo moderno. Se olvida fácilmente que ese modernismo fue un proyecto profundamente subversivo, y con esto es “olvidado” el verdadero proceso de lucha cultural y apropiación que reprodujo al modernismo a su disfraz monolítico de post-guerra – “modernismo conveniente” para Callinicos (1990; ver también Berman, 1982).

Donde el post-modernismo ofrece una rica profundidad de visiones, Harvey aplica estas para nutrir un todavía vibrante y creciente Marxismo. Él procura “cimentar” la fragmentación y eclecticismo, destrucción y renovación emblemática del discurso cultural post-moderno en una paralela destrucción y renovación en la emergencia de nuevos regímenes de acumulación propios de la economía de “post-post-posguerra”. “Existe una clara evidencia”, sugiere, “de que la post-modernidad no es nada más que el ropaje cultural de la acumulación flexible” (Harvey, 1987, p.279). La cultura de reestructuración urbana contemporánea se convierte en el texto espacial para las nuevas formas de las viejas contradicciones sociales y económicas inherentes al capitalismo. Lo que es nuevo, para Harvey, es la profundidad e intensidad de “la compresión espacio-tiempo” bajo este régimen de acumulación.

El compromiso, ampliamente planteado, de Harvey (1989) con el post-modernismo ha atraído una contestación extrañamente bifurcada. Entre los críticos culturales, este autor o bien es alabado por otorgar “el peso lleno a la economía política como un factor crucial en nuestro mundo post-moderno, superando la perniciosa alergia post-moderna a la economía” (*Voice Literary Supplement*, 1989) o bien, el resto lo acusa de reinstalar un esencialismo Marxista de clase y economía (Deutsche, 1990). Entre los marxistas, su amplia incursión en la crítica cultural ha sido apreciada mientras que su análisis de economía-política es a menudo cuestionado.

El post-modernismo de Soja es el esfuerzo más explícito para (re)encuadrar el espacio geográfico. Por encima de todo, representa un ataque al esencialismo de la historia. Él persigue:

“una reformulación fundamental de la naturaleza y la conceptualización de el ser social, una lucha esencialmente ontológica para reequilibrar la interacción entre la historia, la geografía y la sociedad. Aquí, la reafirmación del espacio se yergue contra la pústula de un historicismo ontológico que ha privilegiado la constitución separada del ser en el tiempo durante por lo menos el último siglo” (Soja, 1989, p. 61).

Aunque está en lo cierto en lo tocante a ese privilegiar el tiempo por encima del espacio, lo que ya está menos claro es que esto date meramente al modernismo tardío, como Soja sugiere, o que su respuesta apropiada sea filosófica. En primer lugar, dar privilegio al tiempo por encima del espacio puede tener perfectamente sus raíces en la práctica social mas que en un error filosófico (Thompson, 1955; Rethel, 1978), y en segundo lugar, aunque Soja es plenamente consciente del peligro, la apelación (por razones *filosóficas*) a una “ontología espacializada”, corre el riesgo de consentir un pleito por una disciplina especial, lo que no dejaría de ser meritorio.

Un post-modernismo más extremo se distancia de cualquier compromiso teórico explícito derivado del modernismo. En su propia “retórica opositiva” (Graham, 1988, p. 60), y tomando el caso extremo, celebra la muerte intelectual como peaje al post-modernismo y reemplaza el modernismo con el post-modernismo, el Marxismo por el pluralismo, la clase por la raza, la diferencia social y el género, la homogeneidad por la diversidad y la metanarrativa por la narrativa local. La fuerza de este tarea se basa, principalmente, en la crítica al estructuralismo y, como corolario, al Marxismo *heavy-metal*. Lo que en Geografía ha tomado la forma particular de abanderar lo local contra lo global, el lugar contra el espacio, lo indígena contra lo universal. En su forma más pura el “post-modernismo de pastiche” (Soja, 1988), en su aproximación a la geografía podría significar el abrazo de un “relativismo limitado” que niega cualquier privilegio epistemológico (Dear, 1985; 1988); alude a una visión específica de estudios locales (Cooke, 1989); y contribuye a la desconstrucción semiótica del proceso de “gentrificación” de los paisajes urbanos de la post-modernidad (Mills, 1988; Zukin, 1990).

## La diferencia espacial

El giro geográfico se dirige hacia la búsqueda de maneras de expresar temas sobre diferencia y diversidad, fragmentación y disociación. Concebido durante mucho tiempo como muerto, fijo e inmóvil, el espacio se está colocando como la metáfora fundamental y al mismo tiempo se está redescubriendo como producido, mutable, como una intrínsecamente compleja expresión de las relaciones sociales. No sólo es la fragilidad y transitoriedad de las relaciones sociales contemporáneas expresa “en” el espacio, la producción del espacio es cada vez más el medio/recurso a través del cual la diferencia social se construye y se reconstruye.

Existe una importante literatura social y filosófica dando paso a “la diferencia” (Luhmann 1984). Así, algunos teóricos como Bourdieu (1984) enraízan la diferencia social en la estética cultural, el análisis Marxista tradicional resalta la propensión generadora de la división social del trabajo (Sohn-Rethel, 1978), las construcciones feministas de la diferencia van desde las bases biológicas (Gilligan, 1982) a las relaciones socialmente constituidas de la diferencia (Barrett, 1987; Di Stefano, 1990).

El objetivo aquí es el de explorar el compromiso de la diferencia con el espacio, lo que torna imposible intentar plantear una visión ampliada o arbitraria de estas perspectivas. Aunque este sería, en cualquier caso, un proyecto de suma relevancia. La cuestión substancial es que el concepto de diferencia es teórica y políticamente abrumado como un concepto agudamente contestatario, y por consiguiente susceptible de apropiación y representación ideológica. Las oportunidades po-



líticas y teóricas asociadas al compromiso de la geografía y la diferencia son significantes, pero ellas también se median por una serie de opciones teóricas y políticas.

Quiero resaltar aquí el riesgo de dos espacializaciones específicas de la “diferencia”, riesgo que refuerzan de diferentes formas algunos de los peligros tradicionalmente identificados en el modernismo. Para esto parto de la observación de Bondi (1990, p. 160) sobre algunos procedimientos del post-modernismo, “la importancia real del desarrollo intelectual y cultural está evacuándose rápidamente, para asegurar la sujeción en categorías existentes”. Fundamentalmente, quiero explorar estas cuestiones sobre la diferencia espacial como un medio para conseguir ir más allá de las categorías existentes —específicamente para introducir una conceptualización sobre la producción de la escala geográfica.

### Diferencia como eclecticismo

En este punto, la advertencia a tener en cuenta es que, derrumbando la autoridad del modernismo estructurado, lo post-moderno despierta el espectro de un nuevo eclecticismo.

La suspensión del valor ético de un lado, presagiado por expertos comerciales y el “asunto de Boesky” y, por otro lado, la ascensión y destrucción de valor económico en Wall Street en el “boom” de los años ochenta, se encuentran integralmente relacionados. Los efectos de esa transitoriedad de valor fueron el cuño de los años ochenta. “Nadie sabe lo que es bueno” se lamenta un personaje de “Angel City” de Sam Shepard, mientras inspecciona la codicia institucionalizada de años ochenta Hollywoodenses. “Un minuto es suficiente, después se convierte en basura”. “La diferencia” es ajustada a su propia causa como una meta inherente y un estilo. De acuerdo con Lyotard que exalta los impulsos fragmentarios del post-modernismo:<sup>8</sup>

“El eclecticismo es el cero grado de cultura universal contemporánea: uno escucha reggae, asiste a películas del oeste, come la comida de McDonald’s en el almuerzo y la gastronomía local para la cena, usa perfume de París en Tokio y se viste «retro» en Hong Kong. El conocimiento es una cuestión para los programas de entretenimiento de la televisión. Es fácil encontrar un público para trabajos eclécticos. Volviéndose “kitsch”, el arte sonsaca la confusión en que reina ‘el gusto’ de los patrocinadores. Artistas, dueños de galerías, críticos y público se revuelcan juntos en el “todo vale”, y la época es quien modera. Sin embargo, lo real del “todo vale” es de hecho el dinero...” (Lyotard, 1984a, p. 76).

Los peligros del eclecticismo son potencialmente exaltados por una apropiación acrítica de conceptos espaciales como metáfora. La metáfora funciona por homología o, al menos, por semejanza entre algo *ser conocido* y algo asumido como *ya conocido*. El poder de la metáfora espacial reside precisamente en la apropiación y representación del espacio como no-problemático. De hecho, es una concepción de espacio absoluto muy distinta a la que apelan estas metáforas: el espacio es un campo bidimensional (o mejor dicho, tridimensional) o superficie en la cual “las posiciones relativas”<sup>9</sup> son definitivamente localizadas. Ellas han definido socialmente las coordenadas, un juego de “localización” en el que los diferentes sujetos conciben y construyen de otro modo “el mapa” del mundo. Este es materialmente indiferenciado, un espacio homogéneo en que todas las situaciones son intrínsecamente iguales. El único criterio de diferenciación es matemático, por medio de un sistema abstractamente impuesto de coordenadas. El espacio también está, en esta concepción, completamente separado de los objetos, eventos y relaciones que ocurren “en” el espacio.

8. Para un ataque pre- postmoderno del eclecticismo, vea Therborn (1971).

9. En el texto original “subject positions” (N. del T.)

Precisamente esta concepción de espacio geográfico ha sido, desde inicio de los años setenta, el objetivo del análisis de aquellos críticos que buscan importar la teoría social en la teoría geográfica (Harvey, 1973, 1982; Lefebvre, 1976; más recientes; Massey, 1984; Smith, 1990; Soja, 1989). El *acercamiento* entre la geografía y la teoría social, concretamente las teorías sociales de la ciencia, ha alentado hacia un enfoque más sofisticado, en el que el espacio es presentado como relativo en lugar de un concepto absoluto. Según esta concepción relativa, el espacio no está separado del dominio material de objetos, eventos y relaciones, más bien es precisamente el orden de este dominio material lo que constituye espacio. El espacio no es tan abstractamente dado cuanto socialmente producido dentro y como parte de las relaciones sociales.

Desde esta perspectiva, el espacio absoluto es sólo una de las múltiples conceptualizaciones del espacio geográfico. Aún cuando este pueda haber proporcionado una adecuada métrica para la conquista europea y la cartografía del globo en la supuesta Edad de los Descubrimientos, por ejemplo, es mucho menos apropiado para entender la geografía del capitalismo del siglo XX, que ahora se desarrolla irregularmente por la relativa expansión geográfica en lugar de la absoluta.

En la concepción absoluta, el espacio es tratado como ingenuamente dado, esto conlleva un riesgo, denominado por algunos geógrafos de “fetichismo del espacio” (Anderson, 1973). Las verdaderas relaciones sociales entre las personas son transferidas al espacio y son vistas como relaciones espaciales. Se juzga el producto de las condiciones sociales del lugar en vez de las relaciones sociales, como cuando se utiliza “problemas internos de la ciudad” como un eufemismo para la pobreza. El peligro del eclecticismo radica precisamente en el ingenuo carácter no diferenciador del espacio absoluto, en comparación con el espacio relativo, en el cual el espacio se representa socialmente diferenciado desde un principio.

Consideremos, por ejemplo el esfuerzo de Giddens por (re)centrar el espacio. Explicando la “regionalización” del espacio en los lugares, Giddens explícitamente desecha la concepción absoluta del espacio:

“La regionalización]siempre incorpora la connotación de la estructuración de la conducta a través del tiempo-espacio. De esta manera hay un fuerte grado de diferenciación regional, en términos de relaciones de clase y una variedad de otros criterios sociales, entre el Norte y Sur en Gran Bretaña” (Giddens, 1984, p. 122).

En lugar de seguir esta espléndida visión hacia una teoría del modo por el que las específicas regionalizaciones tienen lugar y los lugares determinados se construyen, Giddens abandona la relatividad del espacio a favor de una distinción abstracta binaria entre “regiones de vanguardia” y “regiones de retaguardia”<sup>10</sup>. Defiende de hecho la estructuración social del espacio, sin embargo con la taxonomía ontológica de regiones de vanguardia y de retaguardia. Fracasa al abrazar la multidimensionalidad, el tejido socialmente tramado del espacio. “La condición de vanguardia”<sup>11</sup> y “la condición de retaguardia”<sup>12</sup> se encallan en abstracciones, desconectadas de los procesos sociales reales que construyen las regiones. Todas las “regiones de vanguardia”, por ejemplo, son colocadas como equiparables, no habiendo ninguna referencia a procesos sociales que podrían distinguirlas internamente.

Giddens anuncia el proyecto “espacial”, pero el espacio geográfico no es retomado de manera significativa. La geografía de “giddensiana” es un mosaico de lugares, como mucho de regiones

10. En el texto original “*front regions and back regions*”. (N. del T.)

11. En el texto original “*frontness*”. (N. del T.)

12. En el texto original “*backness*”. (N. del T.)

de vanguardia y de retaguardia, cada una con sus propias complejidades pero limitadas en un binarismo simple. Giddens, al final no ofrece ninguna discusión sistemática de los procesos sociales que conecte esta división abstracta de las regiones a la actual geografía social, económica y política del norte y sur de Gran Bretaña. Tiempo-espacio es insuficientemente integrado dentro del estructuralismo. De hecho, el espacio producido no es simplemente un mosaico sino que dentro de la sociedad capitalista, este se encuentra intensamente jerarquizado, conforme a la división en razas y clases, género y etnia, diferente acceso al trabajo y a los servicios etc.

La diferencia entre un mosaico y un espacio jerarquizado es que en un mosaico la diferencia ha sido reducida y reificada en una única dimensión *espacial* que se abstrae de la diferenciación política más dinámica y multifacética del espacio. Librado de la determinación política del espacio, el mosaico de espacios geográficamente dados recibe su contenido desde fuera, y puede así ser dotado de una infinidad ecléctica de definiciones sociales según una lista casi interminable de criterios.

La *América* de Baudrillard es un mosaico plano, aunque reflexivo, expresivo y liminal. De la misma manera, con su explícita negativa de considerar la constitución social de las regiones, la geografía regional de comienzos de siglo XX diseñó el paisaje global como un mosaico (Smith, 1989).

### Diferencia como totalidad

Michele Barrett establece una distinción realmente útil entre tres usos del concepto de diferencia en la investigación feminista: la diferencia como diversidad de la experiencia, diferencia como posicionamiento, y la diferencia sexual<sup>13</sup>. La autora defiende que, el enfoque sobre la diferencia sexual, es insensible a las diferencias sociales entre las mujeres y dentro de las divisiones de género, en sentido amplio. Por el contrario, el enfoque de la diversidad de la experiencia implica un énfasis mucho más subjetivo en la especificidad de la experiencia de cada mujer. Como *posicionamiento*, la diferencia se identifica más internamente con el postmodernismo. Implica la desconstrucción del “sujeto unificado”, rotulado como varón blanco y burgués, y la reconstitución de “los lugares de diferencia”.

Cada uno de estos conceptos de diferencia es criticado por Barret de diferente forma: la diferencia sexual implica un esencialismo básico; la diversidad de la experiencia conduce al “pluralismo” político, el cual “de hecho ha surgido como el común denominador básico del feminismo” (Barrett, 1987, p. 32); y la política de la diferencia como *posicionamiento* “tiende hacia lo textual y lo local” y le falta “teorizar la resistencia y el cambio político” (Barrett, 1987, p. 35).

Como Barrett acentúa, existe tanto solapamiento como contradicción entre los diferentes tratamientos de diferencia. Por el momento, pretendo introducirme en esta discusión apuntando hacia el desprendimiento de literatura post-moderna entre la diferencia como *posicionamiento* y la diferencia como diversidad. Como Bondi (1990, p. 163) ha expresado, “la diferencia como *posicionamiento* se expande dentro de la fragmentación del sujeto y la diferenciación entre los sujetos, de manera que sus efectos son indistinguibles de la concepción coherente, unificada y estable del sujeto que se contrapone”. Graham también (1988, p. 63) observa el esencialismo anti-esencialista al que esto lleva. Así ocurre en el caso donde “la diferencia” se ha convertido en la totalidad, donde la diferencia está perdida en un retroceso a la “diversidad”.

Este argumento se desarrolla de varias formas. Entre académicos, la defensa más radical de la diferencia como totalidad parte de la crítica literaria Stanley Fish (1980; 1988), para quien la

13. En el texto original “difference as experiential diversity, difference as positional meaning, and sexual difference”. (N.del T.)

diferencia es tan universal que evita la teoría. Su disputa teórica principal es que no puede haber ninguna teoría. Según Malkin (1987, p. 132) el argumento «Contra la Teoría» es retóricamente eficaz, porque el “se desconstruye usando el pensamiento teórico para desacreditar el discurso del que es parte”. Entre políticos las implicaciones del argumento son quizás más duras. “No hay ninguna tal sociedad”. Margaret Thatcher proclamó una vez “sólo individuos”.

A pesar de la supuesta muerte del sujeto, la crítica del estructuralismo y el giro hacia la lingüística y la psicología, como los textos apropiados de construcción social han resituado la preocupación en lo que podríamos llamar de individuo social, la fabricación del ego social. La teoría de la estructuración de Giddens y el “habitus” de Bourdieu, representan intentos de conseguir tratar nuevamente con los individuos sociales y la representación, sin separarlos del sistema establecido de estructuras sociales y la estructuración de las interacciones sociales. Un cambio paralelo ha afectado a la investigación geográfica. En su influyente trabajo, *Spatial divisions of Labour* (1984), Doreen Massey acentúa la necesidad de “conectar la laguna existente entre el comportamiento individual y el modelo agregado”. Para ella, el desafío, “es sostener entre ambos el movimiento general y la particularidad de la circunstancia” desde que “ninguna teorización, ni elaboración de embasamientos generales, pueden responder por si mismas cuestiones acerca de lo que está pasando en cualquier momento o en cualquier lugar particular”. “El mensaje fundamental es claro” argumenta:

“la crítica radical de los años setenta por razones políticas e intelectuales perfectamente comprensibles fue demasiado lejos al rechazar la importancia de la organización espacial de las cosas, de la distancia y quizás sobre todo, de la diferenciación geográfica. [...] Lo genuino regresa al orden del día” (Massey, 1984, p. 4, 8; 1985, p. 9, 19).

La advertencia de Massey se ha podido llevar demasiado lejos, por razones intelectuales muy comprensibles pero fundamentalmente políticas, en el consistente esfuerzo por privilegiar la representación como contraria a la estructura y lo local por encima de escalas regionales y globales de análisis, e implantar una ideología realista. El *British Labour Party*<sup>14</sup> después su derrota en 1979 por M. Thatcher, combinó un perceptible, aunque provisorio, cambio interno de avance hacia la izquierda, con un cambio geográfico hacia la política local en lugar de la nacional. El cambio del ala izquierda reunió un cuadro de marxistas desilusionados con el desplazamiento hacia la derecha de la izquierda extra-parlamentaria. Ellos persiguieron maneras “más realistas” de permanecer políticamente activos.

Los proyectos para localidades del ESRC<sup>15</sup>, en varios sentidos, se llevaron a cabo por la confluencia de este cambio político específico con el desafío intelectual al Marxismo y, de hecho, a la teoría en general. Esto ha representado el punto de encuentro entre el “local” metafórico del post-modernismo, sobre todo en su vertiente “foucaultiana”, y el local geográfico construido a través de los procesos sociales cotidianos. Así el proyecto de las localidades ha sido defendido por razones como “todo pasa en localidades” o de otro modo, la localidad como el lugar de vida cotidiana es inherentemente una privilegiada escala de análisis. En su extremo, esta visión nos condujo de un enfoque vital de investigación en las localidades a un reducido localismo filosófico, a veces políticamente justificado por la noción, de nuevo de moda en la Inglaterra thatcheriana, de

14. Partido de los Trabajadores británico. (N. del T.)

15. Los proyectos para localidades, patrocinados por Consejo de Investigaciones Económicas y Sociales británico (ESRC), han sido asunto de debate en las páginas de Antípoda. Vea Savage et. a. (1987); Smith (1987); Cooke (1987, 1989); Gregson (1987); Beauregard (1988); Lovering (1989); Cox and Mair (1989); Duncan and Savage (1989). Para un tratamiento incisivo de la aparición del postmodernismo en el contexto de la Bretaña de Thatcher, vea Sivanandan (1989).

que *sólo* se pudiera actuar localmente. El cambio nacional y global es resignado eficazmente a la abstracción, o peor aún, a la prerrogativa de la justicia.

El racismo, explotación de la clase, el sexismo y otras formas de opresión – ninguna de ellas fundamentalmente “ocurre” básica y simplemente en las localidades. Los casos específicos de racismo, por tomar un ejemplo, obviamente ocurren en “localidades”, si eso significa en lugares concretos. De Bensonhurst en Brooklyn a Bradford en Bretaña los casos específicos de racismo tienen lugar como interacciones interpersonales entre los individuos específicos, pero el racismo es construido tanto global como localmente; sólo unos pocos contestarían la relación íntegra entre el racismo, sexismo y explotación de clase. Tiene poco sentido, por ejemplo, ver el racismo israelita oficial contra los palestinos como si simplemente ocurriese en una localidad. Los acontecimientos en el West Bank sólo pueden entenderse con relación al Ejército Americano, al apoyo económico e ideológico del Estado israelita, a la relación entre Israel y el cerco formado por otros estados árabes y no árabes, a las conexiones entre Israel y Africa Sur y así sucesivamente. Nosotros pudimos por supuesto “construir” el Knesset, la Casa Blanca o las Naciones Unidas como “localidades” en sí mismas, pero esto claramente nos exige un cuestionamiento íntegro sobre las localidades. “Pensar globalmente, actuar localmente”, en este juicio hay un slogan poco ambicioso y conservador. La derecha actúa globalmente, ¿por qué no la izquierda?

Tras plantear estos pronósticos y para intentar aliviar las confusiones que prevalecen sobre las localidades (Sayer, 1989), no quiero reafirmar nada más salvo la clara necesidad y la adecuación de la investigación empírica en y sobre las localidades. No debe de existir ninguna duda acerca de la convergencia en la comprensión de la amplia variedad de significados sociales, políticos, económicos y culturales dentro de la diferenciación geográfica. El punto de disputa no es una pregunta trivial sobre si las localidades han de ser o no investigadas, si la diferencia geográfica es o no un enfoque de investigación apropiado. Más bien, la pregunta es: ¿cómo construimos conceptualmente las localidades y la diferencia geográfica como foco de investigación, y cómo ellas se relacionan con otras escalas de diferencia geográfica? El peligro no es otro que el discurso social se vuelva universalmente antiteórico o antiglobal.

Hay, manifiestamente, indicaciones de este cambio, aunque la consecuencia más probable es un tipo de esquizofrenia colectiva en que las escalas globales y locales de análisis, abordajes teóricos y empíricos, discursos culturales y no culturales cada vez más pierden conexión, unos de los otros, por falta de líneas políticamente establecidas.

Como Malkan (1987, p. 129) argumenta sobre Fish, él “realiza un fascinante estudio de caso de cómo las ideas originalmente pensadas para tener cierta liberación o, en el peor de los casos, un efecto de valor-neutral en el cambio social, pueden haber hecho adoptar un nuevo conjunto de metas políticas conservadoras”. Cualquiera que fuese la intención original de los estudios locales, el resultado es a veces una conmemoración más ambigua de la simple diversidad geográfica, tanto como la comprensión de la producción activa de la diferencia y las diferencias. Los estudios locales no tienen porque abordar a cualquier grado significativo, la conveniencia de la diferencia geográfica que, como las ideologías regionales arcaicas, atiende a la nostálgica reacción de una mordaz (y nunca completa) homogeneización global de la cultura. Tal nostalgia por una identidad regional perdida celebra el extremo de la “diversidad” de la experiencia como parte de, no a pesar de, “el triunfo de un nuevo tipo de conformismo” (Karnoouh, 1986, p. 26). Patrick Wright (1985, p. 16) plantea una cuestión paralela cuando, observando la industria familiar, advierte que “la afiliación burguesa a la particularidad” es “un principio ideológico egoísta”.

Y más aún, las conexiones entre los estudios locales y una ontología de la diversidad geográfica están en claro aumento. En la historia de la geografía la defensa más radical de la diversidad espacial posiblemente proviene del antimodernismo conservador de Richard Hartshorne, en cuya

influyente obra, *The Nature of Geography* 1939, propuso una concepción neokantiana de investigación geográfica la cual, aún cuando se criticó duramente en los años sesenta, disfruta, todavía hoy, de un renovado apoyo. Para Hartshorne la diferenciación geográfica es “ingenuamente dada” (1961, p. 237), y esto se convirtió en el pilar fundamental de su metodología. Varios autores han buscado reintegrar la distinción neokantiana de Hartshorne entre métodos nomotéticos e idiográficos énfasis en la generalidad y en el particularidad respectivamente (Sayer, 1989; Sack, 1989) mientras otros han visto en Hartshorne una inspiración explícita para el abordaje contemporáneo de lugar y localidad (Entrikin, 1989; Agnew, 1989). La defensa de Agnew (1989, p. 126-130) por la “la variación de áreas” y el uso de Hartshorne para sostener una concepción realista de las localidades constituye la conexión más explícita. Dear (1988, p. 271), sin embargo, puede vanagloriarse de poseer la ambición más cósmica de diferencia espacial en cuanto totalidad: “nosotros debemos dejar claro (a los teóricos sociales) que la geografía también lo es todo, porque toda la vida humana es *lugar-específico*”<sup>16</sup>.

En la actual tesitura, el rechazo de “discursos totalizadores” es casi pleno. Mientras la diferencia es dada como total, cualquier tipo de análisis radical es excluido eficazmente. El radicalismo no implica meramente, como su raíz griega sugiere, la comprensión de las raíces de la cuestión. El radicalismo es un proceso no un resultado. Uno consigue llegar a las raíces pero, sólo poniendo lo mejor de nuestra parte entendemos los adornos superficiales de las cuestiones. El radicalismo trata de la construcción de enlaces, tal que duraderos o contingentes, y esto es lo que se niega o por lo menos se circunscribe en la afirmación de la diferencia como total.

Las visiones políticas satisfactorias del post-modernismo dependen de la habilidad y la buena voluntad para sostener el concepto de diferencia como activo e integralmente establecido dentro del orden de las relaciones sociales y los procesos. Las relaciones sociales vigentes de la diferencia, no la diversidad pasiva o la variación, señalan el camino hacia una política emancipatoria, conectando experiencias específicas de opresión y explotación con las visiones de futuros alternativos y el sentido de cómo llegar hasta allí. El correlativo político de la diversidad es el pluralismo anquilosado de “Todo vale” en el cual no hay ningún criterio para negociar entre las demandas competentes. Entonces, ¿de qué modo construimos análisis teóricos que eviten el tratamiento ecléctico y totalizador de la diferencia y al mismo tiempo construyan políticas espacializadas y no-pluralistas basadas en las nociones potencialmente libertarias de, según la definición de Barrett, la diferencia como *posicionamiento*?

El trabajo de Henri Lefebvre proporciona algunas pistas. Lefebvre ha concebido la ciudad como “el espacio de las diferencias”. La distinción crucial, para Lefebvre, se encuentra entre el espacio social constituido por la actividad de la vida cotidiana y un espacio abstracto desarrollado por la acción del Estado y las instituciones económicas del capital. La reproducción de las relaciones sociales del capitalismo se logra a través de una lucha constante entre estos diferentes modos de reproducción del espacio (Lefebvre, 1979, p. 293 y posteriores). Si bien que Lefebvre estuvo durante mucho tiempo casi solo entre una generación de marxistas más antiguos llevando en consideración seriamente el espacio geográfico e integrando la perspectiva espacial en el centro de su crítica al capitalismo, es importante, así lo creo, ampliar la noción de “un espacio de diferencias” (vea también Deutsche, 1988). En particular quiero investigar la estructuración del espacio de acuerdo con las diferentes escalas. Quiero proponer que la teoría política de la escala geográfica reside en el corazón de una teoría social geográficamente instruida, y que incluso, tal teoría ayuda a situar uno de los dilemas centrales que surgen a partir del post-modernismo: es decir, cómo negociar entre la diferencia y las diferentes posiciones relativas. Ésta es

16. En el texto original “*place-specific*”. (N. del T.)

una idea experimental y tan sólo puedo plantear aquí el esbozo de algunas preguntas básicas de la investigación.

### Políticas de escala

Gran parte de la confusión en las construcciones contemporáneas del espacio geográfico surge de un dilatado silencio sobre la cuestión de la escala. La teoría de la escala geográfica – correctamente, la teoría de la producción de la escala geográfica – está enormemente subdesarrollada. Efectivamente, no existe ninguna teoría social de la escala geográfica, sin mencionar el materialismo histórico. El cual todavía juega una parte crucial en nuestra construcción geográfica global de la vida material. La represión brutal de la plaza de Tianamen ¿fue un evento local, un evento regional o nacional, o fue un evento internacional? Podríamos razonablemente asumir que fueron todos, los cuatro, lo cual inmediatamente refuerza la conclusión de que la vida social opera y construye algún tipo de espacio habitado jerarquizado en lugar de un mosaico. ¿Cómo concebimos críticamente las varias escalas habitadas?, ¿cómo mediamos entre ellas y las interpretamos?. Más aún ¿cómo conceptuamos semejante interpretación que en cierto modo concentra las prácticas sociales y la política diseñadas para destruir la intención opresiva y explotadora del espacio jerarquizado? El idealismo de los estudios “locales” oficiales reside en la suposición de que esta interpretación se realiza simplemente mediante la afirmación del privilegio de “lo local”, en lugar de efectuar su relacionalidad con otras escalas espaciales.

Ya he declarado que Giddens representó el espacio como un mosaico, aunque obviamente a través del concepto de regionalización comenzó a vislumbrar la escala como un proceso activo. Sin embargo esta es una caracterización muy abstracta y limitada de la producción de la escala, enfocada a regionalizaciones individuales del tiempo-espacio. Para Giddens una casa privada es un local, dividida en otros locales. La casa es “regionalizada en pisos, vestíbulos y cuartos”. Pero los varios cuartos de la casa son diferentemente divididos en zonas tanto en el tiempo como en el espacio. Los cuartos de la parte baja se usan característicamente en horas de la luz del día, afirma, mientras las alcobas son a donde los individuos “se retiran” por la noche. Los locales proporcionan “ambientes de interacción” pero no son ninguna escala específica: “Los locales pueden ir de un cuarto en una casa, una esquina entre calles, el área de trabajo de una fábrica, pueblos y ciudades, a las áreas territorialmente demarcadas ocupadas por Naciones- Estado” (Giddens, 1984, p. 118-119). La escala aquí se trivializa en un grado notable. No hay ninguna sugerencia en Giddens en la que sistemáticamente los diferentes procesos sociales estén envueltos en la mediación y construcción de escalas diferentes de la actividad social.

Las diferentes sociedades no sólo producen el espacio, como Lefebvre nos ha enseñado, ellas también producen la escala. La producción de la escala puede ser la diferenciación más elemental del espacio geográfico y es en toda su extensión un proceso social. No hay nada ontológicamente dado sobre la división tradicional entre hogar y localidad, escala urbana y regional, nacional y global. La diferenciación de las escalas geográficas establece y se establece a través de la estructura geográfica de interacciones sociales. Con un concepto de escala como producido, es posible evitar por una parte el relativismo que trata la diferenciación espacial como un mosaico, y por otra evita la reificación y la acrítica división de escalas que reitera un fetichismo del espacio. En otras palabras, debería llegar a ser posible, insertar las “reglas de interpretación” que nos permitan no sólo entender la construcción de la escala en si misma, sino la manera en la que el significado se traduce entre las escalas. En este sentido, como evento global la Plaza de Tiananmen tiene un significado muy diferente que como evento local. Ambos son claramente coincidentes, aunque no idénticos, pero ¿cómo determinamos esta diferencia y homología del significado? Sin resolver

algunas de estas preguntas, un entendimiento más sistemático de la diferencia geográfica, y desde aquí hacia la diferencia de modo general, continuará bloqueado.

La escala es central de una forma más conceptual. Presumiblemente, es deseable tener alguna conexión sólida entre la jerarquía de escalas geográficas producida y reproducida en los paisajes del capitalismo y las abstracciones conceptuales a través de las cuales entendemos acontecimientos y procesos socio-espaciales. El concepto de escala asume, por tanto, un segundo significado. No sólo es la escala material trabajada y retrabajada como paisaje, sino también es la escala de resolución o abstracción que nosotros empleamos para entender las relaciones sociales, cualquiera que sea su impresión geográfica. Muchos debates y discordancias, incluidos los debates sobre las localidades, se han complicado inútilmente por una confusión que incluye ambos significados relacionados pero separados de la escala. Una teoría de la producción de la escala diferenciaría así como integraría ambos significados, siendo cuidadosa para no igualar lo local estrictamente con lo concreto, lo global con lo general. (Horvath and Gibson, 1983; Cox and Mair, 1989).

Este punto, yendo un poco más lejos, trata sobre la cuestión central de la diferencia como *posicionamiento*. Consecuente con la apropiación metafórica de espacio, el conflicto y la negociación entre las diferentes posiciones relativas implica un juicio simultáneo tanto de la identidad como de la diferencia, un juicio social sobre la identidad del sujeto y su posicionamiento *vis-à-vis* como “el otro”. En otras palabras, este conflicto y esta negociación implica límites socialmente ya establecidos de diferencia e igualdad (Agnew, 1989), aunque son límites continuamente forjados y reforjados en la práctica social. Esto a su vez implica una teoría de la producción de la escala. Para dar un ejemplo obvio, la pregunta de quién es incluido y quién se incluye como “negro” puede ser reformulada como una pregunta sobre la escala socialmente construida en la que se establece la identidad social y política negra. Así entre las insurrecciones de 1981 en Gran Bretaña, una generación entera de jóvenes asiáticos que no se habían visto hasta el momento como negros adoptaron explícitamente esta identidad, ampliando de este modo la escala de esta particular “posición relativa”. Por supuesto que éste proceso no pasó inadvertido. Algunos africanos, caribeños y negros británicos se resistieron a esta redefinición como defensa de su identidad. Los blancos se resistieron aun más furiosamente para prevenir la construcción de un mayor y más poderoso “otro”. De este modo, la escala de la lucha y la lucha sobre la escala son dos lados de la misma moneda.

Los modelos de inversión de capital pueden ser perfectamente los determinantes más poderosos de la escala geográfica, y al igual que el capital y las relaciones capital-trabajo son reestructuradas, así también lo es la escala (Smith and Dennis, 1987; Smith, 1989; Mair et al., 1989). Corporaciones como IBM y AT&T tienen estrategias de expansión y de contracción que se diferencian por la escala espacial. Las prioridades de inversión de AT&T en el norte de New Jersey, colonizado como sede matriz, no pueden ser completamente homólogas a sus estrategias nacionales o globales. En la “reestructuración capitalista”, de acuerdo con un escritor comercial, “las compañías exitosas deben ser al mismo tiempo intensamente locales e intensamente globales” una aparente contradicción en donde reside la fórmula para el éxito” (Hennessy, 1989). Desde la perspectiva del capital, la centralidad de la escala geográfica es que ella representa una materialización, aunque siempre como solución maleable a la contradicción básica entre cooperación y competición. Dentro de los límites nacionales, por ejemplo, hay cooperación explícita entre capitales sobre las leyes laborales, abastecimiento de infraestructuras, políticas de bienestar social, impuestos y políticas comerciales por ejemplo. Los mismos capitales compiten intensamente por mercados interiores pero cooperan consolidando una capacidad militar nacional, diseñada para afianzar el capital en el extranjero y defenderse de predadores militares, económicos y políticos compitiendo por capitales nacionales e incluso individuales. La globalización del capital no elimina en forma alguna la escala nacional de organización social, pero si la transforma y disminuye. De la misma manera, en la



escala urbana, los mismos capitales que cooperan a través del estado local, cámaras de comercio y uniones de desenvolvimiento locales, estableciendo las condiciones locales para la reproducción de la fuerza de trabajo, también compiten por el salario laboral y los mercados locales. La producción de la escala es un recurso central por el cual el capital es reprimido y liberado, proporcionando un territorio y al mismo tiempo una base global. El análisis que Scott (1986; 1988) hace de la construcción de nuevos conjuntos de producción en la actual reestructuración, captura esta contradicción tal como es trabajada geográficamente. El capitalismo desorganizado es al mismo tiempo un capitalismo reorganizado.

Ha sido sugerida una conexión sistemática entre la división del trabajo y el capital y las divisiones dentro de la escala geográfica. La escala global puede ser concebida como la escala del capital financiero y el mercado mundial, y se diferencia interna y principalmente de acuerdo con las condiciones comparativas, costos y capacidades organizativas y tendencias de la fuerza de trabajo. La escala nacional se construye vía cooperación política -militar y competición, pero es dividida en regiones según cuestiones económicas que también relacionan el trabajo. La escala local, por el contrario, puede ser vista como la escala de la reproducción social e incluye el territorio geográfico sobre el cual las actividades diarias se desarrollan normalmente. La renta del suelo constituye el primer medio de diferenciación (Smith, 1990, p. 135-147)<sup>17</sup> La escala de la casa se establece por unidades de reproducción social y se diferencia internamente, principalmente, según las relaciones de construcción y reproducción de género. También podríamos agregar, todavía iniciándose su consideración dentro del discurso geográfico, la escala del cuerpo, explorada por feministas como Rich (1986).

Aunque este esquema da cierto énfasis a “las escalas del capital”, es importante recordar que, insólitamente una escala geográfica es simplemente impuesta desde encima. La construcción de la escala geográfica también resulta de y contribuye con la lucha social basada (y problematizada) en la clase, el género, la raza y otras diferencias sociales. En cuanto los límites de la escala, por ejemplo los de las localidades y los nacionales, *contienen* literalmente conflictos locales y nacionales respectivamente, la escala se construye en ambos casos como la tecnología e ideología de capitalismo. Harvey (1973) ha defendido que mientras los ricos expresan su libertad en su habilidad de superar el espacio, los pobres son encarcelados por él. Es la escala que delimita las paredes de la prisión de la geografía social. Con una percepción similar, comenta que la clase trabajadora socialista y otros grupos de oposición son “generalmente mejores organizando y dominando *lugares* que de lo que comandando *espacio*” (Harvey, 1989, p. 236). Estos grupos son, en otros términos, relativamente dotados de poder en el lugar pero desprovistos de él sobre el espacio. En este sentido, la escala proporciona la tecnología a través de la cual el espacio contiene la lucha, al menos hasta que los límites existentes de la escala sean desafiados y rotos, para ser re-establecidos y re-desafiados a un nivel más alto.

## Conclusión

Supuestamente Heráclito se quejó una vez: “Todo fluye. Denme un lugar para permanecer”. Negociar un lugar donde permanecer parece ser pues un dilema más antiguo que post-moderno. Como espero haber planteado hasta el momento, el problema no es fácilmente accesible a través

17. En las primeras declaraciones acerca de estas ideas, utilicé “urbano” en lugar de local. Lo que claramente excluye la producción de espacio rural de la escala local. Si bien que, a pesar de los problemas asociados al proyecto de estudios locales, estoy convencido de que existe un fructífero uso del concepto de localidad (Cos y Mair 1989). También, utilizó claramente “localidad” de manera diferente a la de Probyn (1989), quién percibe correctamente la condición examinadora de lo “local” pero, sin embargo, los fundamentos de la noción en sí misma permanecen demasiado abstractos.

de la apelación a metáforas espaciales sobre el “posicionamiento” como tal. Hay, en cualquier caso, cierta ironía hacia semejante recurso. El post-modernismo se ha lanzado a sí mismo como un avance de época sobre las narrativas del modernismo entre las cuales un Marxismo, a menudo indiferente, solió ser su principal blanco. Este fue el más “heavy” y más “metálico” de los modernismos *heavy-metal*, por numerosas causas. El lenguaje de las privilegiadas posiciones relativas, sin embargo, refleja una visión central del propio Marx. Para Marx, la explotación por el capital dotó a la clase obrera de una comprensión privilegiada del capitalismo. El privilegio se colocaba en íntima familiaridad con la explotación negada a aquellos con “posición relativa” diferente.

La importancia del post-modernismo descansa pues, no tanto en escaparse de Marx y del modernismo, sino en la expansión de esta visión para ocultar a otras gentes oprimidas. El peligro del post-modernismo radica en el rechazo de identidad de grupo, *à la* Thatcher, la conmemoración del eclecticismo y la diversidad como la diferencia total, tal que el único privilegio lícito reside en el individuo. Estrechamente relacionado está el peligro del “turismo de género”, así como otros paquetes de viajes organizados a lo subalterno, puesto que como muestra Suzanne Moore (1988), los varones, académicos, blancos se mueven en el post-modernismo como una manera de “conseguir un pedazo del Otro”. Todos queremos conseguir nuestros quince minutos del “Otro”.

Una de las presunciones más vivas del modernismo, extasiada con la influencia de la historia e incitada por la facilidad con que el capitalismo del siglo XX buscó la “aniquilación del espacio por el tiempo” (Marx, 1973, p. 539), es la demanda de que nos encontramos más allá de la geografía. Las viscerales geografías de la reestructuración capitalista, desde la devastación del África Sub-Sahariana, la desindustrialización, el abandono urbano y los sin techo, al brillante simulacro internacional de Mundo Disney, infaliblemente nos desengaña de esa presunción. Sin embargo el giro filosófico, específicamente, la construcción de una ontología espacializada, como Soja (1989) propone, dejaría la reafirmación contemporánea del espacio geográfico demasiado vulnerable al antojo del modismo filosófico. La historia de la producción del espacio y de la escala geográfica tiene que ser todavía escrita, aunque si las indirectas de Solhn-Rethel (1978) sobre las bases materiales para la abstracción conceptual son completamente válidas, es en esa historia en la que en primer lugar deberíamos buscar una comprensión de los usos críticos de la geografía.

El reencuadramiento del espacio y el discurso geográfico no deben ser traducidos como una extensa dimensión a lo largo de la cual el post-modernismo se aparta del modernismo. La heredada desvalorización del espacio geográfico puede tener raíces materiales, pero también representa el significativo subdesarrollo del discurso espacial. Especialmente en América, y en menor grado en cualquier otra parte, no es demasiado fuerte hablar de una geografía perdida entre 1919 y los años sesenta. No que esa geografía no jugase ninguna función para la guerra y fuese fundamentalmente benéfica a una disciplina que se ha prestado por sí misma, en variedad contextos nacionales e internacionales, a la reconstrucción de post-guerra. Más bien, el repudio de la geografía refleja, como explica Soja, los prejuicios del modernismo y sobre todo los prejuicios de la modernidad. Desde la expansión colonial de la construcción de los suburbios, a la destrucción de “grupos locales” en el interior de las ciudades y en la Amazonia, el capitalismo siempre fue un proyecto geográfico.

La meta de una política espacializada del tipo que Jameson busca, dónde “los problemas espaciales” proporcionen una “preocupación fundamental de organización” es, defendería, superar la dominación social ejercida a través de la construcción explotadora y opresiva de la escala, y reconstruir la escala y las reglas a través de las cuales la actividad social construye la escala. La renegociación de la competición y cooperación política, tanto como la económica, es simultáneamente una reconstrucción de la escala geográfica. Dudo que hasta aquí haya conseguido hacer poco más que anunciar un proyecto y levantar varias preguntas. ¿Cómo se construye la escala en la

vida cotidiana?, y ¿cómo se conectan las diferentes escalas? ¿Qué diferentes papeles juegan las cuestiones sobre clase, género y raza en la construcción de las diferentes escalas? y ¿cómo estos problemas son conectados a cuestiones sobre determinación económica, política y social de la escala? Si de una cosa estoy seguro es de que la respuesta radica menos en la filosofía que en la política espacial activa, aunque eso pudiese parecer. La esperanza aquí, es que fundamentando las metáforas espaciales del post-modernismo en la teoría de la producción de la escala, podemos producir por lo menos el idioma político por el que *nosotros* – conscientes de nuestra identidad y nuestras diferencias, y con un sobrio sentido del poder al que nos oponemos – podamos realmente trazar el terreno político y decidir sobre “un lugar para permanecer”.

### Agradecimientos

Varias personas han comentado y criticado este artículo en sus diferentes fases por lo que quiero reconocer toda su ayuda: Liz Bondi, Rosalyn Deutsche, Joe Doherty, Andy Herod, Cindi Katz, Diane Neumaier y Ali Rogers. Y en especial a Sheila Moore que me encorajó a pensar en la política de escala de esta manera.

